

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Junio del 2000

18

II Epoca

El alzamiento popular del 21 de enero y sus implicaciones para la democracia en el Ecuador
Rafael Quintero

La decadencia política de un estado sin ciudadanía
Pablo Celi

La "antipatria" febresorderista: una aproximación al discurso político de León Febres Cordero
César Montúfar

Los movimientos indígenas latinoamericanos y la construcción del orden político cristiano
Angel Casas

Globalización y caducidad de las bases nacionales de la política
Julio Echeverría

Paradigmas contrapuestos en la Democracia
Rafael Romero

La noción funcional de sistema en la *Dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer
Francisco Estrella

Descentralización y gobiernos intermedios en el Ecuador
Marco Velasco

Género e investigación científica en las universidades ecuatorianas
Silvia Vega

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Director:

Julio Echeverría

Comité Asesor:

Fernando Bustamante

Hans Ulrich Böniger

Leonardo Espinoza

Joaquín Hernández

Nicanor Jácome

César Montúfar

Alejandro Moreano

Rafael Quintero

Carlos Tutivén

Consejo Editorial:

César Albornoz

Natalia Arias

Milton Benítez

Alfredo Castillo

Pablo Celi

Simón Corral

Manuel Chiriboga

Mauricio García

Iván Gomezjurado

Daniel Granda

Luis López

Gonzalo Muñoz

Alicia Ponce

Napolcón Saltos

Mario Unda

Silvia Vega

Marco Velasco

Fundada en 1976

por Rafael Quintero

Las ideas vertidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores y no corresponden necesariamente a los criterios de esta Revista. La Revista Ciencias Sociales no se compromete a devolver los artículos no solicitados.

Para correspondencia dirigirse a:

Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Universidad Central del Ecuador

Ciudadela Universitaria

Teléfono (5932) 558847

Fax (5932) 565822

Correo electrónico: jchever@uio.satnet.net

Esta Revista se publica con el auspicio del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales ILDIS

La Noción Funcional de Sistema en *Dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer

Francisco Estrella Álvarez*

"Un sistema social consiste, pues, en una pluralidad de actores individuales que interactúan entre sí, motivados por una tendencia a obtener un óptimo de gratificación y cuyas relaciones con sus situaciones –incluyendo a los demás actores– están mediadas y definidas por un sistema de símbolos culturales estructurados y compartidos"

Talcott Parsons, *El Sistema Social*.

Sumario

El autor pasa revista al clásico texto de Horkheimer y Adorno y pone al descubierto una sutil paradoja en la cual reposa una de las claves centrales de la orientación teórica de la "Escuela de Frankfurt" de la cual los autores son sus máximos exponentes. La visión del sistema social en la que sustentan sus proyecciones teóricas sobre la sociedad totalitaria, está atrapada en un funcionalismo tradicional que absolutiza el instrumentalismo de las prácticas sociales hacia la coacción de imperativos funcionales; una clave que deja como únicas posibilidades para la emancipación a salidas o soluciones que acontecen en el campo de la pura estetización conceptual. Los aportes posteriores de Habermas así como las actualizaciones de la teoría de sistemas que se operan en el campo del mismo funcionalismo apuntarían a salir del impasse y permitirían 'activar el potencial de movilización racional de los grupos sociales'.

Pese a que Adorno cuestionó severamente el planteamiento científico unificador de la teoría social de Parsons, y la sucedánea "armonización" de las contradicciones internas del objeto (el individuo y la sociedad), inadvertidamente él y Horkheimer fueron presas de una similar embria-

* Egresado de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador. Actualmente prepara su tesis de licenciatura.

guez totalizadora.¹ En la década del 30, Horkheimer había formulado el cuerpo doctrinario de un tipo de pensamiento que se consideraba a sí mismo como el legítimo heredero de la tradición más pura de la crítica de las ideologías en su versión marxista. Precisamente este programa surgió como reacción frente al progresivo avance cientificista de carácter positivo (positivista) al interior de cierta teoría marxista institucionalizada, con el objetivo de devolver el carácter “negativo” al quehacer teórico. Resulta paradójico entonces que el texto más importante en la segunda etapa de la Teoría Crítica de la sociedad, la *Dialéctica de la Ilustración*, sea analizado en términos de un funcionalismo cerrado similar al propuesto por la sociología norteamericana.² Aclarar el cuadro de estructuración sistémica que soporta las dialógicas tesis de aquella obra es el propósito de este ensayo.

Axel Honneth expone detalladamente el argumento central para asociar los fundamentos de la Teoría Crítica con la ubicación funcional de los elementos en un sistema y su dependencia respecto de éste. En la formulación de Horkheimer, Honneth observa que el límite de validación de los procesos sociales está sancionado por el papel operativo de ellos en la alimentación reproductiva o expansiva de lo que constituye el motor del devenir humano: el trabajo social. Esta centralidad de un solo elemento del movimiento histórico, además de identificar la labor de los miembros más conocidos de la Escuela de Frankfurt—Herbert Marcuse, Adorno y Horkheimer—, conducirá el viraje pesimista de la Teoría Crítica consumado en la *Dialéctica de la Ilustración* (1944). Los orígenes de esta entronización del proceso de trabajo como eje de la socialización e individuación humanos se encuentran en el pensamiento de Marx, del cual Adorno y Horkheimer son deudores. El viraje negativo del que hablamos, sustraerá los potenciales emancipatorios que Marx concedió

1. En 1968, Adorno decía a sus estudiantes: “(...) la teoría de Parsons busca la unidad como si fuera un envoltorio, es decir, una unidad en el sentido de que las categorías se cligen de modo tal que todas las ciencias de la vida o de los seres humanos puedan ser alojadas bajo ellas. En cambio, nuestra concepción, en lugar de esta generalidad abstracta, busca la unidad concreta de la sociedad, sumergiéndose interpretativamente en cada uno de los campos de estudio correspondientes.” Adorno, Theodor, *Introducción a la sociología*, Gedisa, Barcelona, 1996, p. 147. Sobre la crítica adorniana al positivismo en general, véase su *Disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1972.

2. Cuando en este trabajo hable de funcionalismo, me referiré exclusivamente a la noción común básica de los planteamientos sistémicos, esto es, sostener la existencia de un conjunto de elementos relacionados entre sí que cumplen ciertas funciones al interior del sistema del que forman parte, función determinada por los parámetros generales de reproducción del mismo.

a la desalienación del trabajo social, explicándolo por la progresiva asimilación de las fuerzas críticas del orden.

La *Dialéctica de la Ilustración* desarrolla sus tesis al interior de los parámetros de la filosofía de la conciencia, entendiendo de este modo la co-participación de un sujeto autológico, autorreferencial y autoconsciente —condiciones que conforman la base de producción de su identidad— y un objeto diferenciado de aquel. Aquí hallamos el primer indicio de un *a priori* reductivo en el enfoque de los autores: para ellos, el proceso ilustrado ha condicionado el desenvolvimiento de la *ratio* humana sobre los objetos de la naturaleza exclusivamente en términos instrumentales, por lo cual, el procesamiento social del objeto-naturaleza se restringe a un desarrollo productivista ascendente en búsqueda de la consecución del cálculo. De modo que es notoria la acepción unilateralizada de razón que los autores utilizan en su diagnóstico de la civilización en su conjunto.

Desde sus propias ópticas, diversos autores³ han notado este confinamiento del accionar de la razón en sus dominios plenamente finalistas. Es importante constatar el modo en que el viraje pesimista de la Teoría Crítica conduce a Adorno y Horkheimer a desdiferenciar sus criterios sobre el problema de la razón: años antes Horkheimer había expresado sus reservas frente a la progresiva ocupación de la racionalidad objetiva por parte de la racionalidad instrumental (arreglada de acuerdo con los fines); pero únicamente cuando los potenciales sociales de emancipación han sido —a criterio de Adorno y Horkheimer— plenamente devaluados, los autores emprenden la tarea de unificación de todo el universo racional en función de sus componentes utilitarios y de cálculo. En el contexto de esta generalización instrumental de la razón, Adorno y Horkheimer se ven en la necesidad de vincular esta producción de pensamiento cosificado con la dominación social de la naturaleza.

No obstante, hay que precisar el costo que implica conducir la autoconservación de la especie humana: en tanto que Adorno y Horkheimer creen indispensable aludir al fenómeno de constitución de la conciencia en su conjunto para explicar la violencia de su situación presente, las pulsiones de liquidación de los sujetos-hombres y del objeto-naturaleza son las fuerzas que, a su entender, otorgan identidad a los sujetos pero eliminando su intimidad yoica a cambio. Para Habermas, se trata de “dominar la naturaleza externa al precio de la represión de la interna”

3 Habermas, 1989:140; Della Volpe, 1967:74; Honneth, 1990:457.

(Habermas, 1989:139), y ello obedece al hecho de que la dominación instrumental de la naturaleza se extiende como principio de todas las relaciones (incluidas las intersubjetivas) con lo cual el propio estilo de pensar es presa de esta voluntad de dominación. Esto explica por qué en la epistemología adorniana “la primacía del objeto apunta a que los sujetos son socializados como tales”, es decir, asimilados o reducidos a la procedimentalidad objetual. Esta dinámica de objetivación instrumentalizada aparece en la *Dialéctica de la Ilustración* como germen formativo de formas de pensamiento igualmente objetivadas.

Según explica Honneth (Honneth, 1990:460), Adorno y Horkheimer extreman un planteamiento original de Alfred Sohn-Rethel, quien, con el propósito de enfocar integralmente la inclinación a la disociación entre hombre y naturaleza que parece caracterizar al proceso civilizatorio desde sus orígenes, desarrolla la idea de que con el primer acto de dominación de la naturaleza queda determinada una tendencia racionalmente instrumental. Evidentemente el peso imperativo de la irracionalidad bárbara en torno al cual Adorno y Horkheimer plantean sus tesis sobre la formación de la conciencia humana, condiciona hasta tal punto su visión sobre el afincamiento de los motivos instrumentales en la socialización e individualización humanas que los autores llegan a ubicar, en tal virtud, el nivel culminante de esa lógica disgregatoria del fenómeno social de dominación de la naturaleza, en el triunfo y consolidación del fascismo en Europa.

A mi entender, estas apreciaciones se fundan en un criterio de validación estético que emparenta a estos autores con Nietzsche.⁴ Lo que importa para el asunto que nos compete es que dicha valoración estética remite a uno de los motivos centrales y recurrentes de la *Dialéctica de la Ilustración*, que es el postulado de una armonización latente entre el hombre y lo natural, postulado que hace relación a los conocidos contenidos de tipo romántico que subyacen la escritura del texto. Kolakowski y G. Della Volpe coinciden al señalar como una de las líneas intencionales del texto de Adorno y Horkheimer a temas de la tradición romántica que plantean una añoranza reconciliatoria cuyo referente se halla en el ordenamiento mitológico del mundo.

En este sentido, la contradicción en la que incurren los autores es flagrante dado el tácito reconocimiento que hacen de la Ilustración y del

4. Sobre la relación del planteamiento de Adorno y Horkheimer con Nietzsche, véase Habermas, 1989, p.150 ss.

logos como fuerzas que superan al mito: el hecho de que la razón instrumental proceda a través de una re-mitologización cuando hecha por tierra la secularizada distinción entre validez y poder y, por lo tanto, entre una razón científica y el poder —como lo explica Habermas—, debería haber llevado a los autores a pensar en la irreversibilidad del proceso de la Ilustración, cuya esencia reside precisamente en la diferenciación de las imágenes que abarcan a los mundos natural y social. Si el fracaso de la utópica armonización naturalista, ínsita en la obra que nos ocupa, es patente, ello obedece a una ausencia propositiva que en parte se debe a que dicha unidad —como explica Kolakowski⁵— no ha existido nunca, si el fracaso se da, apelar a un campo de experiencia estético para salvar la distinción del orden natural respecto del humano constituye una gran audacia filosófica de nula efectividad sociológica.⁶

Alex Pienknagura (en defensa de la *Dialéctica de la Ilustración*) utiliza este giro esteticista de la Teoría Crítica con el propósito de ponderar la validez cognitiva de una racionalidad estética —aparentemente surgida de las opiniones de la *Dialéctica de la Ilustración*— frente a la alternativa de una racionalidad comunicativa. Pero el repliegue estético practicado por Adorno no ofrece (en la presentación que Pienknagura hace del planteamiento) más salida que la de un *romanticismo estético* que apoya la mimesis del espectador y la obra de arte autónoma, mimesis conducida por la promoción de los elementos subjetivos no reificados y que habrá de conducir a la deseada distensión con la naturaleza. Planteamiento rico en sugerencia pero que desconoce la dinámica de modernización que diferencia esferas de valor adecuándolas en torno a intereses extra-comunicativos y, por lo tanto, fuera del radio de acción de la mimesis artística que Adorno propone.

Estas cortas explicaciones sobre los principales postulados de la *Dialéctica de la Ilustración* nos permiten apreciar tanto el carácter paradójico

5. En el capítulo que este autor dedica a la obra de Marcuse, pensador que desarrolla los temas ya avanzados en la *Dialéctica de la Ilustración*.

6. Mi cuestionamiento sobre los temas hasta aquí asumidos (tensión hombre-naturaleza, hombre-hombre; mitologización de la *ratio*; objetivación del mundo; limitada cognición sociológica), se resume en el siguiente pasaje de N. Elias: “La manera en la cual Adorno y Horkheimer miran al proceso de desarrollo es... muy hegeliana: es el proceso, en alguna manera suspendido en el aire, de la lucha del hombre contra la naturaleza y consigo mismo, visto en sus grandes líneas. A veces correctamente, otras veces no; pero en sustancia es un concepto filosófico. (...) Hay dentro de ella [la *Dialéctica de la Ilustración*] todo un trabajo sobre el concepto de espíritu que para mí es solamente una metáfora privada de significado, un subrogado de aquel concepto de sociedad que a mí me parece está ausente en Adorno y Horkheimer”. Vanucci, 1994:30.

co que genéticamente involucra reflexionar sobre un pensamiento reificado cuando previamente se han desvalorizado los presupuestos que posibiliten dicha crítica, como la naturaleza aporética de algunas de sus hipótesis. Reflexiones como éstas han conducido a señalar la presencia de una contradicción performativa en la constitución misma del proyecto de crítica totalizadora de Adorno y Horkheimer.

A juicio de Habermas, Adorno siempre fue consciente de la permanencia de aquella “contradicción realizativa” cuya permanencia, bajo la forma de una negación determinada, habría de garantizar la preservación del rango crítico de la dialéctica, es decir, el desenmascaramiento de la mitologizada fusión ilustrada de las pretensiones de validez y poder mediante la intransigencia de la teoría (Adorno y Horkheimer, 1971:39 y 59). La refilosofización de la Teoría Crítica producida en su segunda etapa proveyó de un instrumento del pensar que ya no se permitía a sí mismo una superación al intentar mantenerse en la autorreferencialidad en calidad de crítica: con ello se cierra el círculo del sistema cuyos elementos se mueven de modo funcional en relación con las estructuras formativas de las que nos habla Parsons. En la argumentación de la *Dialéctica de la Ilustración*, dichas estructuras rígidas están compuestas por el carácter único de la acción del trabajo social y, por lo tanto, la unívoca explicación instrumentalista de las diversas prácticas sociales.

El acercamiento que intentó, como ya se estableció, se funda primordialmente en las características que hacen de un sistema tal, pero cabe aclarar que la unilateralidad de la exposición de Adorno y Horkheimer se acerca más al modelo clásico de sistema social que a los modernos planteamientos que afincan la identidad de los sistemas en su diferenciación respecto de un entorno, pues el modelo de análisis que los investigadores francforteses presentan, en tanto excluye intereses y orientaciones de acción comunes elaboradas en una esfera de intercambio comunicativo con sus prácticas respectivas, se identifica por su autorreferencialidad. Honneth –quien comparte las opiniones de Habermas sobre la teoría de la comunicación– remarca la importancia de los procedimientos de acción particular de los agentes sociales como aval de la integración, o sea, de la unidad de las sociedades, pues nunca éstas se orientan solamente por la coacción de imperativos funcionales, como sucede en la *Dialéctica de la Ilustración*.

Obviamente, conceder el espacio que se merecen los mecanismos de acción en la generación de acuerdos sociales de finalidad reproductiva, no significa de modo alguno desconocer la existencia de procesos so-

ciales abstractos, socialmente universalizados y probablemente aplastantes que provocan repercusiones individuales.⁷ El tipo de funcionalismo cerrado que el libro de Adorno y Horkheimer presenta es el resultado de la creencia en sistemas de administración de los sujetos que deben imponerse a los comportamientos individuales movidos, estos, por sus propias necesidades. De modo que la argumentación negativista de la *Dialéctica de la Ilustración* parte de la necesidad de procesamiento de un orden social establecido y de su sanción, respecto de lo cual los autores se lamentan amargamente, pero no conceden un margen para la superación de la paradoja presente. La única variación que ofrece esta versión respecto del funcionalismo tradicional reside en la aceptación negativa de la necesidad de legitimación sistémica, lo que en el funcionalismo tradicional es un proceso constructivo y positivo.

No obstante, según Pienknagura, la reducción analítica que es objeto de nuestra crítica es superada con posterioridad en la filosofía adorniana. Se recurre a una complejización de los mecanismos conceptuales en la mira de romper con la apariencia de identidad consolidada de los referentes de los sistemas conceptuales tradicionales y, con ello, ampliar el contexto de relaciones sobre el cual se forma la subjetividad, admitiendo la especialización subsistémica que corre paralela a la dominación ideológica y económica del capital, así como la permanencia de una relación libidinal y fetichizada con respecto al dinero y al poder (Pienknagura, 1994:50). Cuando hablé de una refilosofización de la Teoría Crítica, me refería al resultado que arrojó la ampliación general de la crítica del pensamiento (específicamente la *Dialéctica de la Ilustración*, especialmente el ensayo dedicado al concepto de ilustración) a todo el dominio de las ciencias, abarcando claro está, a las ciencias sociales, bajo la figura de un pensamiento objetivado. Refilosofar la Teoría Crítica implicó, pues, confinar la criticidad en una esfera carente de posibilidades metodológicas para la investigación empírica, y con ello la línea de interpretación trazada por Adorno y Horkheimer “des-sociologizó” el proyecto de la Teoría Crítica.⁸ Esto significa que todos los esfuerzos

7. Como pretende argumentar Pienknagura en su discusión sobre la crítica de Adorno a la teoría psicoanalítica de Karen Horney. Vid. Pienknagura, 1994:50, 51. Al respecto cabría recordar la heterodoxa posición analítica que Erich Fromm desarrolló a partir de *El Miedo a la Libertad* y que le valió el distanciamiento del grupo principal de investigadores de la Escuela de Frankfurt.

8. La opinión es de Honneth (1990:462, 463). Este autor destaca una diferencia fundamental entre los ensayos crítico-sociológicos correspondientes a un “círculo interior” de pensadores ligados al Instituto de Investigación Social de Frankfurt, compuesto por Otto Kirchheimer, Franz Neumann, Walter Benjamin y Erich Fromm, y aquellos producidos por sus

realizados por Adorno tras la *Dialéctica de la Ilustración* (en sus *Dialéctica Negativa* y *Teoría Estética*) con miras a conjuntar experiencia y trabajo teórico (y modificar por lo tanto la unívoca apreciación que sobre las formas de subjetivación y socialización se detentan en la obra que nos atañe) se sujetan a una nueva visión cognitivamente excluyente que constriñe las posibilidades de acercamiento teórico a los parámetros de una sensibilidad entendida de modo artístico como sensitivo. Tal vez pueda detectarse en esta postura adorniana, aunque claro está con mayor profundidad, un precedente aislado de la estetización conceptual que, con una efectividad cognitiva mínima, domina actualmente el pensamiento.

Conocida es la imagen weberiana que presentaba a la sociedad que resulta de la dominación burocrática, o sea, la sociedad moderna, como una jaula de hierro. Este paradigma weberiano parece haber colonizado por completo la organización de las fragmentarias tesis filosóficas de la *Dialéctica de la Ilustración*: la nostalgia que sus autores implícitamente mantienen respecto de un mundo donde “la actividad económica se basaba en el cálculo, la previsión, por tanto, en una actividad racional, (y) no sobre la dominación de los demás” (Touraine, 1993:202) hace pensar en una situación actual notable por el absoluto control administrativo que alcanza todos los espacios de la vida social y, por ello, involucra una total integración sistémica (Honneth, 1990:202). Esta fundamentación orgánica o funcional limita, como hemos observado, las posibilidades de desenvolvimiento crítico y libre de la razón; no obstante, altamente significativo es el señalamiento que hace Alain Touraine cuando invierte el sentido de la explicación y afirma que solo en una situación de repliegue de los agentes sociales puede concebirse una criticidad pretendidamente pura. Igualmente importante es la consideración que el mismo autor realiza sobre el contexto que verdaderamente sustenta el ejercicio de la libertad individual y, por otro lado, la posibilidad de alcanzar acuerdos inter-individuales intelectualmente mediados. Dichos razonamientos coinciden con los formulados por Kolakowski, Habermas y Honneth en el sentido de que la “promesa de un acuerdo sin coacciones” (Habermas, 1991:51) constituye la fuente del ciertamente imperfecto avance de instituciones de consenso como la legislación democrática, la idea de derechos humanos o la libertad jurídica.⁹

representantes más conocidos en medios académicos (Marcuse, Adorno y Horkheimer). De acuerdo con Honneth, la acogida del “círculo interior” hubiera permitido superar el funcionalismo sociológico que caracterizó la agenda académica de la Teoría Crítica desde sus inicios.

9. Véase Habermas, 1991:51; Kolakowski, 1985:387.

El sistema social totalmente controlado propuesto por Adorno y Horkheimer, niega formativamente aquellos aspectos que se alejan de una práctica conducida inconscientemente bajo imperativos que ordenan la sociedad. En la teoría, la exposición de una salida al *cul de sac* en el que se ve involucrada la *Dialéctica de la Ilustración*, está dada principalmente por el modelo de acción comunicativa. La teoría de la acción comunicativa reorganiza el concepto de orden que subyace en la teoría de Adorno y Horkheimer con el objeto de abrir resquicios que permitan el desenvolvimiento de una ética de la responsabilidad conferida a los individuos, que posibilite la superación del negativismo social del que hablamos, mediante una constante actualización del compromiso de los sujetos sobre su entorno. En tal caso, los seres humanos “no son (serán) entendidos como si desempeñasen funciones predeterminadas, ajenas a su volición” (Pienknagura, 1994:42), con lo que la eterna autorreferencialidad del sistema social de Adorno y Horkheimer queda rota.

Habermas, como representante principal de esta postura de renovación de la Teoría Crítica, incorpora el potencial de movilización racional de los grupos sociales –característica que por lo demás ya estaba presente en la crítica de las ideologías que Marx realizó– en su concepción de los intercambios lingüísticamente mediados, con lo cual es inducida una dinámica de constante racionalización de la percepción subjetiva bajo una estrategia sistemática.¹⁰ Por tanto, las dinámicas del poder, correlativas a la acción de los grupos, conducen el proceso de constitución de un orden –distinto al que conciben Adorno y Horkheimer en términos de su fluidez interna– caracterizado por la incesante negociación de su estabilidad, concepción que acepta la existencia de sistemas de dominación y de diferencias integrativas de distintos grupos sociales, causadas por su limitado margen de actividad comunicativa.

A pesar del malogrado intento de defensa de la *Dialéctica de la Ilustración* y, por extensión, de la filosofía de Adorno al que aludíamos, es el propio Adorno quien con posterioridad reivindicará la necesidad de autocrítica de la razón en términos iluministas, con lo cual deja algún espacio para la superación del funcionalismo basado en el concepto de sistema sobre el que discutimos. En 1957 opinaba lo siguiente:

“Verdad es que a una razón que acaba absolutizándose a sí misma como obtuso medio de dominación es menester recomendarle re-

10. Consúltese su *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, 1987, 2 vols.

capacite sobre sí misma; pero tal autorreflexión no puede quedarse en una simple negación del pensamiento por medio de sí mismo, en una especie de sacrificio místico, ni tampoco puede efectuarse por medio de un 'salto': pues tal cosa se parecía demasiado a una política de la catástrofe."¹¹

Bibliografía

- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max
1971 *Dialéctica del Iluminismo*, Ed. Sur, Buenos Aires.
- Della Volpe, Galvano
1967 "Crítica de una paradoja tardo-romántica", en *Crítica de la Ideología Contemporánea*, Alberto Corazón Ed., Madrid.
- Habermas, Jürgen
1989 "Horkheimer y Adorno: El entrelazamiento de mito e ilustración", en *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus Ed., Madrid.
1991 "La nueva intimidad entre política y cultura", en *La necesidad de revisión de la izquierda*, Tecnos, Madrid.
1991 "Entrevista con Robert Maggiori", en *La necesidad de revisión de la izquierda*, Tecnos, Madrid.
- Honneth, Axel
1990 "Teoría crítica", en *La teoría social hoy*, Anthony Giddens, Jonathan Turner (Eds.), Alianza, Madrid.
- Jay, Martin
1974 *La imaginación dialéctica. Una historia de la escuela de Frankfurt*, Taurus, Madrid.
- Kolakowski, Leszek
1985 "La Escuela De Frankfurt y la 'teoría crítica'", En *Las principales corrientes del marxismo*, Vol. 3, Alianza, Madrid.
- Pienknagura, Alex
1994 "Adorno, Habermas y la *Dialéctica del iluminismo*", En *Revista Nariz del Diablo*, No. 21, II Época, CIESE-FLACSO, pp. 33-53.
- Touraine, Alain
1993 "Horkheimer y la Escuela de Francfort", En *Crítica de la modernidad*, Temas de Hoy, España.
- Vannuccini, Vanua
1994 "Una conversación con Norbert Elías. Amigo-enemigo de la Escuela de Francfort", en *Revista Nariz Del Diablo*, No. 21, II Época, CIESE-FLACSO, pp. 30-32.

11. Es curioso asociar esta declaración de Adorno con la opinión de la necesidad de una "ilustración de la ilustración" emitida por uno de los más importantes representantes actuales de la renovación del funcionalismo, Niklas Luhmann.